

CAPÍTULO XXXIV

LOS POETAS DE SEVILLA.—EL HAMPA SEVILLANA
LOS RUFIANES DICHOSOS

A todo grande, y aun á todo pequeño poeta, le conviene darse de cuando en cuando una buena zambullida en la prosa, mucho más cuando el poeta es de tal rejo, que de la más vulgar y chavacana sabe sacar jugo artístico, y así era Cervantes. Además, en esta tierra de España, la poesía brota y surge hasta de los incidentes más rastreros de la vida. Ganivet, con una ó dos conversaciones tuyas, convirtió en poeta lírico de grandes vuelos á un tenedor de libros que en su vida había hecho más que apuntar cifras y llevar la partida doble. De poetas tenemos hoy llenas las oficinas del Estado: poetas malos y buenos sirven, ya en ferrocarriles, ya en Correos, ya en los arrendamientos de consumos, ora en las contadurías de fábricas é industrias. Barberos y mancebos de botica, raros serán los que no cultiven el trato de las Musas. No hay, y ménos había en tiempo de Cervantes, impedimento para que un poeta se dedique á los oficios más alejados de su condición, pues la poesía en España, y mayormente en Andalucía, es compatible con todo otro menester y desempeño.

Algunos años antes de llegar Miguel á Sevilla, según testigos de la época, eran poetas en la hermosa ciudad desde el Asistente, conde de Monteagudo, que ejercía allí la suprema autoridad local, hasta el verdugo, y además dos pregoneros, cinco escribanos, tres oidores, dos de los Grados y uno de la Contratación, dos abogados en ejercicio, seis médicos, cuatro plateros, dos fundidores, un sayalero, tres perales y otra porción de sujetos

de oficio y ocupación no confesables ni confesados; poetisas eran también, y notables improvisadoras, la Cariharta, la Gananciosa y la Escalanta. Ofrecían las fértiles orillas del Gualquivir y sus repuestos mesones y ventorros grato asilo á la Musa castañetera de las seguidillas, y las gradas de la Catedral á la inspiración entre sagrada y bobalicona del carirredondo coplero Miguel Cid, y de otros tantos como él, que forjaban gozos y laudes á la Virgen y á las Santas Justa y Rufina, con inspiración más baja, pero semejante en algún punto á la del gran poeta castellano, padre de la poesía *de santos*, aquel bendito y alegre clérigo de la Rioja, que al comenzar la devota vida del más estimado santo de su tierra, exclamaba, relamiéndose de gusto, por anticipado:

Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.....

Poetas y copleros á manta de Dios había en Sevilla y en toda Andalucía hartos para que Miguel, ocupado en sacas y molienas de trigo, no echase de menos la conversación y trato de los poetas de la corte. Poesía era también, y de la más hondamente castellana, la devoción de aquellos grandes santos predicadores y de aquellas discípulas tuyas venerables, que en Ecija, en Córdoba, en Montilla y en otros lugares se hallaban sucumbiendo de amor divino, ó habían muerto ya consumidas en las más puras llamas ascéticas, al conjuro del verbo urente del maestro Avila, que por todos aquellos sitios fué sembrando fuego en almas de yesca. Ardía asimismo con resplandores de otro mundo la mística hoguera de San Juan de la Cruz, quien echaba pedazos de su corazón para alimentarla, y en todas las bocas, y más en las bocas femeninas, andaban sus versos, que con igual pasión pudieran ser recitados por un vidente de mundos mejores y por un loco y desenfrenado amante en el cálido silencio de la alcoba.

No se había, pues, refugiado la poesía en las grandes ciudades: no había huído del campo, como hoy sucede, ni hacía falta ir en busca de ella, antes ella, liberal y pronta, se aparecía á quien quisiera toparla.

Había, no obstante, en Sevilla muchos y grandes poetas á quienes Cervantes pudo conocer de fama cuando pequeño, y á

quienes sin medida elogió en el *Canto de Caliope*, que para ganarse voluntades intercaló en la *Galatea*. Quizás Miguel solicitó el trato de aquellos insignes varones en las temporadas que por obligación tenía que pasar en Sevilla. Y sin duda al primero á quien buscó fué al que todos estimaban como príncipe y maestro, al divino Fernando de Herrera. Si trató de acercarse á él, pronto debió de ser grande su desengaño.

El que subió por sendas nunca usadas,

el firmísimo enamorado platónico de doña Leonor de Milán, estaba pobre, avejentado, retraído, y su condición áspera y grave le apartaba del trato de las gentes. Era lo que hoy decimos con palabra intraducible un *raté*, un agriado, un insoportable, que no había sabido poner entre lo acedo de su corazón el dulce necesario para hacer pasar por poéticas las penas amorosas, ridículas cuando no tienen remedio, cuando la amada se casó con un hombre digno de ella, y hartó hace aguantando sin protesta el abejoneo de los endecasílabos donde se le recuerda la pasión que inspiró á un poeta pobre y triste, á quien no sacan de su melancolía empalagosa más que los trompetazos épicos de las victorias de las Alpujarras y de Lepanto, ó la derrota y pérdida del rey Don Sebastián.

Fernando de Herrera, en 1587 y 1588, debía de estar muy desengañado de la poesía, y hasta cansado él mismo de lanzar siempre idéntico insistente quejido. Como todos los poetas puramente líricos, cuando no llegan á la ensoñada altura, resultaba, y más resulta hoy, un poco antipático y fastidioso, pues no había logrado hacer que su causa fuese la causa universal, como pide y consigue Campoamor cuando quiere, ni que sus personales cuantas apesadumbrasen á todo el mundo, porque todo el mundo reconociese en ellas los propios pesares.

Esta manera de ser lírico, que tanto tiene de épica, y á la cual llegaron Fray Luis y San Juan de la Cruz, no la alcanzó nunca Herrera, y sobrado talento tenía para conocerlo y para morderse los puños de rabia, como en efecto lo hacía, mientras preparaba, por distraer sus fatigas amorosas, la publicación de un libro ó

librote, cuyo título espanta: *Historia de las más notables cosas que han sucedido en el mundo*. No ha llegado este libro hasta nosotros y no es de lamentar, puesto que para Herrera lo más notable que en el mundo había ocurrido fué el haberle querido un poco doña Leonor de Milán y haberle dejado para casarse con el conde de Gelves, que sería más guapo que Herrera, desde luego más rico, y también sabía en sus ratos ociosos componer unos versicos como el más pintado.

De todas suertes, recibiese ó no á Cervantes, pudo Miguel notar que también el divino Herrera se hallaba asido á la prosa, y tanto como él ó más lo estaban los otros miembros del Parnaso, que se crió en casa del maestro Mal-Lara.

Sueltos andaban y ocupados en administrativos menesteres, como el grande y alegre Baltasar del Alcázar, quien hasta en sus últimos años conservó el humor marcialesco y siguió disparando sus fáciles gracias en las más bien arreadas redondillas que hasta entonces y después se han compuesto fuera del teatro. A este gran poeta de epicúreo rostro colorado, de blancas barbas y de alegres ojos, debió de admirarle mucho, pero tratarle poco ó nada Miguel, y no es de extrañar, puesto que Baltasar del Alcázar ocupaba alta posición y era hombre enemigo de incomodarse por nadie, y menos por poetas menesterosos.

En cambio, el propio Miguel declara que conoció á D. Juan de Jáuregui, y que este insigne pintor y poeta le hizo un retrato. Amigos debieron de ser ambos ingenios desde el momento en que se pusieran á hablar de poesía italiana, en que los dos eran tan versados. Amaba más Cervantes á Ariosto: prefería el suave y cortesano Jáuregui á Tasso; pero los endecasílabos de uno y de otro debieron rebotar de los labios de Don Juan á los de Miguel, y sin duda que Don Juan persuadió á Miguel con ejemplos tomados de su traducción del *Aminta*, de Tasso, tan celebrada hoy, y de su magnífica versión de la *Farsalia*, de Lucano, cómo no siempre era cierto que las traducciones resultasen tapices vueltos del revés.

Y nótese aquí, de pasada, esta otra coincidencia chocante: el único literato conocido de quien sabemos que trató á Cervan-

tes en Sevilla y le estimó, al punto de hacerle su retrato, por desgracia perdido, *también* se llamaba Juan.

De los demás escritores sevillanos se ignora hasta si conocieron á Miguel: su efigie no figura en el *Libro de los verdaderos retratos*, donde el curioso artista Francisco Pacheco dibujó las imágenes de todos los escritores notables de Sevilla ó habitantes en ella, ó que por allí habían pasado, y hasta los de los cople-ros, cantantes y guitarristas. ¿Había de olvidar Pacheco á un hombre como Cervantes si le hubiese conocido?

Lógico es pensar que si Miguel trató á algún escritor fué por una casualidad. Amigos suyos eran entonces su ayudante y compañero de cobranzas y requisas Miguel de Santa María, el pagador Agustín de Cetina y su dependiente Juan de Tamayo y otros hombres de semejante trapío, sin olvidar al cómico Tomás Gutiérrez, con quien siempre tuvo cuentas de dinero y de gratitud. Parece casi seguro que en compañía de tales sujetos no visitase Miguel las aulas de los grandes señores, ni fuese á buscar en el palacio del duque de Alcalá á Baltasar del Alcázar, ni á Pacheco entre los próceres y personajes de cuenta que visitaban su estudio. Quien había entrado en la corte de Felipe II y se había cansado de andar por ella, no iba á tener interés en ver caras nuevas de señores grandes, que de fijo eran más chicos que los ya conocidos. Quien había alternado con los hombres de más valer de España, no andaría muchos pasos en pos de otros semejantes á ellos.

Más que las riquezas y boatos que en Sevilla deslumbraban á los recién llegados, interesó á Miguel la intensa variedad de la vida popular en tan alegre y hermosísima metrópoli. Sevilla era entonces el camino de las Indias y allí acudían todos los desocupados de España y de otras partes de Europa. Hablábanse en sus muelles y calles todas las lenguas conocidas y otras que ahora comienzan á conocerse. El Arenal era escuela de perdidos y academia de rufianes. Mezclábanse en él los infelices á quienes la dorada leyenda de las Indias comenzaba ya á sacar alucinados por las esperanzas de un nuevo Vellochino, los pícaros y ganapanes de toda España, que pensaban allí ejercitar sus uñas, los re-

gatonos y cicateruelos que seguían á los de la mano larga para aprovechar lo murciado recomprándolo y revendiéndolo en el Baratillo, que era un paraje inmediato al Arenal y donde había algunas casas madrigueras de los *peristas* ó encubridores de la mercancía robada. Había cortabolsas listos y despiertos que trabajaban individualmente por su cuenta, pero pronto se acabó con este desorden, porque, sabedores del caso los amos y maestros de la banda picaresca que tendía sus redes sobre toda Sevilla, presto cogían á los rinconetes y cortadillos y los transportaban al patio de Monipodio, sujetándolos allí á sus ordenamientos y codificaciones.

El Arenal, tan visitado y recordado por Miguel como por Lope de Vega y en donde podía catarse y conocerse toda la castiza alegría española, en la cual no hay colmo ni entera satisfacción si no se le mezcla un poco de crueldad y un mucho de burla de la miseria, del dolor y de la muerte, era por las tardes un hormiguero, una gusanera mejor dicho, de gentes de dudosa vida.

Un puente de tablonos, sostenido por barcas donde se albergaba y dormía la espuma de lo malo, esa gentualla sin ley ni rey que, por aquel mismo tiempo acechaba los puentes de París y merodeaba en los de Constantinopla, comunicaba el Arenal con Triana, por frente al puerto de Camaroneros. La risa picaresca que las casas trianeras, vestidas de sol y semejantes á una fila de dientes jóvenes, lanzaba al Arenal todas las mañanitas, se la devolvía el Arenal por las tardes, corregida y aumentada con muecas del rostro gordo de la Torre del Oro y con espejeos y garatusas de la Giralda. Por entre las dos risas, todo un mundo que sólo Cervantes comprendió y reflejó, circulaba mañana y tarde, ya desde Sevilla á hundirse y deslizarse entre las polvorosas callejuelas de Triana, escurriéndose por el arco de la Fortaleza hacia los alfares y de allí al campo de Aznalfarache, ya desde Triana á Sevilla, pasando de las Atarazanas á la Madera, deteniéndose en la Resolana, donde á la tardecita las ninfas de las tasqueras y chamizos tendían el pobre y traqueteado fardo y se rascaban la sarna y los piojos, cuando no otras más terribles lacras y otros más picones

parásitos. Otras veces se corrían desde la Resolana, pasaban la muralla, entraban en el famosísimo Compás, se hundían en el fangal de la Laguna á donde iban á parar todas las aguas sucias y todas las hediondas pasiones de la gran ciudad cosmopolita. Allí á la busca y al explote de las pobres mujeres del partido andaban sus galanes, los *hombres* de Sevilla, seguidores del bravo Ahumada, á quien mataron á hierro sin que se averiguase quién, en 1587.

Eran unos jayanes de grandes bigotes caídos, de insultante copete, reparados de un ojo, señalados de cuchillada ó de la mano del verdugo. Entre ellos se comentaban, con los lances amorosos, las noticias de robos y pependencias. Aguardábase con ansiedad la llegada de otros famosos valientes de Castilla como el memorable maestro Campuzano, que,

de espada y daga diestro á maravilla,
rebanaba narices en Castilla
y siempre le quedaba el brazo sano.
Quiso pasarse á Indias un verano
y riñó (1) con Montalvo el de Sevilla;
cojo quedó de un pie de la rencilla
tuerto de un ojo, manco de una mano...

De cómo se vivía en aquel almacén de pestilencias que se llamaba el Compás, apenas podemos juzgar hoy. Una casa queda, sin embargo, por la cual inferimos cuáles serían las otras. En torno á la laguna de aguas infectas había trece casas del ayuntamiento, trece del cabildo catedral y cuatro ó seis de particulares, todas ellas dedicadas á mancebía pública. Eran unos tabucos casi sin fachada. Una puerta estrecha y enverjada abría pasó á un corredor cubierto, largo y angosto. Siguiendo el sistema celular de las antiguas mancebías griegas y romanas, había un corral largo y estrecho, empedrado de *chinos* ó guijarros, y á ambos lados, miserables aposentos con una puerta y una ventana: en cada uno de ellos vivía una mujer, más valdría decir un almacén de podredumbre, pues el contagio era universal é inevitable, como lo prueba el hecho de haberse practicado en 1593 una visita de inspección

(1) *Vino* dicen ridículamente casi todas las ediciones.

la cual dió á los médicos tanto trabajo, que el Ayuntamiento acordó pagar 50.000 maravedises de propina á cada uno para resarcirles de los horrendos espectáculos que habían visto.

Todos aquellos seres sin ventura vivían sujetos á la autoridad de la *madre*, jefa y directora de la mancebía, y no será malo hacer notar, para inducir cuál sería el estado espiritual de aquella sociedad, que hoy creemos tan cristiana y devota, esta infamante y aterradora acepción de la palabra más sagrada en todas las lenguas. *Mentar la madre*, se dice aún en Sevilla como el mayor insulto de todos. La *madre Celestina* eran dos palabras juntas siempre sinónimas. Y desde Sevilla, desde el Compás de la Laguna pasó esa consternante significación de la palabra al Nuevo Mundo, y aún hoy, cuando en Buenos Aires ó en Montevideo se dice *madre* en reunión de jaques y bravos, todos se apresuran á decir: ¡La suya, la de él!...

Era, pues, aquel un mundo diferente de cuanto Miguel había visto, con haber visto tanto: un mundo que había de causar grandísimo trastorno en sus ideas y en sus sensaciones, porque no creáis que tan repugnante levadura social vivía apartada del movimiento y comercio con las demás clases, sino muy al contrario. Las mujeres de la mancebía andaban á todas horas solas y sueltas por la ciudad y sus alrededores. Para que no se mezclasen con la gente buena, se les mandó llevar tocas azafranadas sujetas con un prendedor ó imperdible de latón dorado... y al poco tiempo, muchas mujeres que no eran públicas, sino tenían fama y estimación de muy buenas, dieron en usar las tocas azafranadas, y el broche de latón, como hoy las señoras más honradas é ilustres de París aguardan á que las mozas del partido les señalen la moda en las carreras de Longchamps.

El tráfico de la vida mala que traían aquellas mujeres no les quitaba de ser muy devotas y creyentes. Llegaba la Cuaresma y el *padre* y las *madres* de la mancebía llevaban á las mujeres en corporación, como un colegio, vestidas de obscuro y con medio manto á la cabeza, á confesar y comulgar, á hacer ejercicios espirituales y á oír sermones y pláticas piadosas. Algunas se convertían, pasaban una temporada ociosa en las Arrepentidas y volvían

después al trato de las godeñas sus compañeras y de los socarras y corchapines sus amigos.

Entré ellos, y en su trato, conoció Miguel á Chiquiznaque y Maniferro, y supo los milagros y reputación del famoso *Cristóbal de Lugo*, de quien hizo su bellísima comedia *El rufián dichoso*, una de las primeras, si no la más antigua de la larga serie de obras teatrales, cuyos protagonistas son grandes criminales ó grandes libertinos y calaveras que se arrepienten y retraen á la vida santa. Más todavía que en *Rinconete y Cortadillo*, donde estos asuntos se rozan por incidencia, hallamos en *El rufián dichoso*, muestras y trazas abundantísimas de las ciencias y disciplinas que, ya cuarentón aprendió Miguel en la Academia del Compás de la Laguna.

Es la mal estudiada y peor estimada comedia de Cervantes madre de toda la poesía jacaesca de Quevedo y de los que le imitaron. En *El rufián dichoso* hallamos la cantera primitiva de lo más desgarrado de la jácara quevedesca y un felicísimo intento de trasladar al teatro los tipos y escenas de pícaros ya vistos en la novela. *Librija*, la *Salmerona*, el *Ganchoso*, *Lobillo*, *Terciado* y el famosísimo *Patojo*, no son invenciones de Miguel: personajes tan verdaderos son como aquel verdugo llamado *Lobato* que fué padre de la mancebía, esto es, director general y *tuautem* de toda la hampesca máquina y á quien fué menester relevar del cargo, porque era tan feroz en el dar tormento que á todos cuantos sujetaba á esta prueba judicial los dejaba perniquebrados, mancos, tuertos ó inútiles para toda su vida, en atención á lo cual y á los muchos inocentes que había tullido semejante sanguinoso fantasmón, le substituyó un tal Francisco Vélez.

Ahora figurémonos qué vida sería la de tantos centenares de mujeres y de hombres en aquel barrio, de donde salían al mismo tiempo todas las pestes y epidemias que asolaban á la ciudad. Huyendo de tales horrores, aunque á él ya nada podía sorprenderle ni le espantaba, cruzaba Miguel el puente y con sus amigos Gutiérrez y Tamayo ó solo, pasaba á Triana: allí, junto al puerto de Camaroneros, donde amarran las barcas del pescado, estaba la Fortaleza: pasando bajo el arco se entraba á una callejuela de casi-

tas bajas. Se percibía y se percibe penetrante mal olor de un albañal que vierte de allí al río. Una casita blanqueada, con puerta chica y reja en el piso bajo y con otra reja y balcón en el principal, parecía, medrosa, esconderse entre las demás. Un portalito pequeño, un pequeñísimo patio con suelo de ladrillos contrapeados, una sala baja, una galería con balcones... aquello era el patio de Monipodio.

De Cristóbal de Lugo á Monipodio, del Compás á Triana pasó Miguel centenares de veces, entre las gentes más desalmadas y los más desvergonzados pícaros del mundo.

Leed ese primer acto de *El rufián dichoso*; pintura aún más vibrante, más sangrienta y mejor que las de *Rinconete y Cortadillo* y las del *Coloquio de los perros* y para pensar y comprender cómo Cervantes pisó tanto fango y tan varias inmundicias sin mancharse, no encontraréis explicación lógica alguna. Cómo y por qué milagro el genio español, sin salirse de los términos del arte ha tocado en tamañas bajuras, sólo os lo explicaréis si habéis visto cómo la Naturaleza enseña á las aves y singularmente en las palomas blancas á retozar y picotear en el limo y en el estiércol sin mancharse las pulidas rosas de sus picos, ni sus albos calzones de plumas. Porque para ello les dió alas.